

dos reales, el del reino, con sus castillos y leones, y el de la Casa, con su banda de oro.

El Paular empezó su existencia en la mente del primer Trastámara, don Enrique II, el fradicia dadivoso. A sus muchos pecados añadió el de abrasar una Cartuja en tierras de Francia durante una de sus campañas guerreras. Este pecado sintió necesidad de penitencia y pensó que otros la hicieran por él. El construiría a los cartujos otro Monasterio en sus tierras de Castilla, donde no tenían ninguno.

En lo de levantar monasterios por otros arrasados en la guerra, don Enrique se adelantó dos siglos a Felipe II. En lo que no le imitó fué en la diligencia. El de las Mercedes murió llevándose al otro mundo su cartuja de cristal.

Juan I heredó de su padre los reinos y el cargo de conciencia de traer a los cortujos. Juan I tenía muchas preocupaciones y fué olvidando la Cartuja. Pero un día el Prior de Scala Dei dejó en clausura su silencio y alzó la voz. Poco después el Rey, con algunos magnates, se venía a sus quijones del valle del Lozoya, con un pergamino en la mano, y venía también un Obispo para bendecir el solar y un Prior cartujano para llevarse el pergamino, ahora lleno de letras y con la firma del Rey don Juan. Era el día de la Degollación del Bautista, cuando agosto declina su cabeza y la ofrece al acero de septiembre. La nueva Cartuja estaría confiada al especial patrocinio del Profeta decapitado.

Don Juan I aceleró la fundación. ¿Presenta otra degollación? Si tarda un poco más no le da tiempo. El 9 de octubre, yendo a caballo, un ángel del Señor lo derribó por tierra y con una espada invisible le separó el alma. Sólo su nombre está en una piedra negra que describe de prisa el nacimiento de la Cartuja. Nada más. Muy poco para tanto Rey. Aquí también recibió don Juan I menos de lo que merecía, «como quien ovo siempre entondos sus fechos muy pequeña ventura».

Fuó el Rey *Doliente* el verdadero constructor de El Paular, y es, de todos los dinastas, del que menos memoria queda de él. Si el transeúnte no se para a leer su nombre en la piedra negra... porque el guía no podrá enseñarle ninguna belleza, ningún recuerdo de su tiempo. Todos están ocultas por otros más jóvenes y compuestos, o languidecen de pobreza y olvido en cualquier rincón. ¿Y cómo agradecer, piedras de El Paular, a don Fernando el Valiente de Antequera, verdadero Rey de Castilla, los afanes que por vosotras tomó sobre sí, por la misericordia con que os defendió de vasallos felones, él, el muy honesto y justiciero? Ni su nombre conserváis.

Juan II dió remate al cenobio antiguo. Ya poco tenía que hacer, y sus gracias se las dió a Miraflores. Pero Juan II tuvo lo que no tuvieron sus padres ni abuelos: una Corte de poetas y un don Alvaro de Luna. Y por

eso tal vez su estatua de mármol se sostiene sobre un pedestal granítico en la huerta de los monjes, de cara a la iglesia y al Peñalara, a lo más poético. Pero la estatua, manca, ni los mira siquiera.

Don Enrique, impotente, ni estatua ni lápida. Pero allí mismo, cabe los muros del Monasterio, se extiende un prado con árboles que por las estaciones del año va cambiando de color: verde, pajizo, blanco. A este prado vino un día Enrique IV para ver a la Beltraneja, proclamada Princesa de Asturias por los enemigos de su hermana Isabel. Y todavía el prado se llama, por aquello, el Prado de la Reina. Memoria digna del Rey Enrique IV. Y los Reyes Católicos. También para El Paular fueron sus tiempos «Los tiempos dorados» que Juan de la Encina cantó. Todo lo que el gótico llevó a esta Cartuja, qué florido y monumental lo llevó en aquellos días floridos y magníficos.

SAN BRUNO, AUSENTE

Ya no hay monjes blancos en El Paular. Ya no hay cortujos en la Cartuja; aquellos eternos encapuchados, solitarios y silentes. Ahora van y vienen por tránsitos y capillas unos monjes negros, ni tan encubiertos ni tan solitarios, ni tan silenciosos.

Pero ya mucho antes del abandono del cenobio por los monjes, en las piedras de El Paular no había cartujismo. Santos de la Orden y la constelación de su escudo —las siete estrellas— lucen por doquier; pero en su arte no hay recogimiento, soledad y silencio. Al contrario: el bullicio va en aumento desde la puerta, y en el recinto postrero, allá en el Sagrario, alcanza excesos de orgía báquica.

El Paular, Miraflores, Pavía, Cartujas de arte primoroso, de arte lujurioso y retozante. ¿Os vengáis, por ventura, en la piedra del aire?

Intentamos establecer contacto con los espíritus de La Cortuja y no lo conseguimos. También al dar el primer paso, en el atrio mismo, hallamos lo más sereno. Allí están San Bruno y los seis primeros fundadores —las siete estrellas—; pero los hemos sorprendido en un momento inoportuno para que nos hablen de la Cartuja, porque ellos mismos están platicando. A pesar de todo, su plática resulta bastante cartujana, gracias a sus líneas silenciosas y su estructura equilibrada.

Ya dentro damos con otros dos bienaventurados del hábito blanco. Pero éstos habitan un retablo desenfrenado, y ellos mismos se han puesto mitra. Uno alarga su brazo como perorando y el otro juguetea distraído con un niño. No son éstos los que nos han de hablar de cartujismo.

Llegamos a la rotonda, junto al Sagrario. Otra vez San Bruno. Ante él, un coro de santas doncellas y de graves patriarcas danzan al ritmo ditirámico de la sinfonía churrigüesca. Y nuestro San Bruno se contagia.

Comba su cuerpo, alza una pierna, levanta un brazo y los dedos que sostuvieron una pluma ahora se disponen a castañear. Mueve la cabeza, y los labios están diciendo a las claras que por lo bajo silban una tonadilla.

Para encontrar silencio, soledad y recogimiento hay que dirigirse a las piedras, pero a las más inverosímiles: al refectorio. Y a un claustillo, el primitivo, que ahora está abandonado y fuera del recinto monástico y sirve para tender al sol implacable de Castilla la ropa de la hostería.

Algo más de cartujismo conserva El Paular, hasta en la región turbulenta del barroquismo. Capillitas y capillitas, rinconcitos y rinconcitos. Por todas partes. Por todas partes invitaciones a meterse dentro, por una portezuela disimulada entre dos pilastras; a meterse más adentro, en otra recámara más honda, más angosta, más exclusiva. Pero en todas partes, aun en lo más escondido, la gritería, la procaz gritería del barroquismo orgiástico.

SAN BRUNO, PRESENTE

¡Oh padre San Bruno: por nuestros pecados, ha sido nuestra casa profanada y está desierta! — Por los pecados de otros fué construída y poblada, ensanchada y embellecida, hijo mío.

¡Oh padre San Bruno: por la puerta que aún dice que sólo merecen los bienaventurados, pasan ahora paganos y réprobos! — Y no la merecen. Los réprobos y los paganos que sólo Dios conoce. Dentro de esa puerta todos están más cerca de Dios. Déjalos pasar a todos, hijo mío.

¡Oh padre San Bruno: ya no hay recogimiento, ni soledad, ni silencio para las almas contemplativas! — Las almas contemplativas en todo tiempo y lugar silenciosas, recogidas y solitarias, hijo mío.

Las almas contemplativas se recogen en los árboles, como los pájaros; en esos chopos, en esos álamos del camino. Huyen a los montes, como los cuervos y las palomas —aves de hábito negro, aves de hábito blanco—, a esos montes azules y dorados. Las almas contemplativas están siempre en silencio, porque nada oyen; están siempre en mucha paz, porque nada ven; viven siempre solitarias porque nada tienen.

¡Oh padre San Bruno: esas son almas gigantes, arcángeles del ascetismo! — Pero ¿y los pobres gusanitos que se arrastran por la tierra? ¿Qué les dejas? La tierra. El *humus*. Por ahí llegaréis al cielo más pronto. El día que vosotros, pobres gusanillos, no queráis trepar por retablos de alabastros, ni andar por claustros de museo, ni vivir en valles de paraíso con anchos caminos que os traen al mundo y os llevan a él, ese día tendréis silencio, quietud, contemplación y paz.

AGUSTIN MARTINEZ JIMENO
2.º Premio del Certamen
Literario

GLOSA Y RECUERDO DEL MONUMENTO A JOSE CALVO SOTELO

EL 13 de julio pasado, el Jefe del Estado inauguró en la plaza de Castilla el Monumento Nacional a la memoria de José Calvo Sotelo. El estudiante anónimo y desapercibido, de figura enteca y grandes ojos negros, que llegara a Madrid en la primavera de 1913, recibía así el homenaje cumplido de una nación entera; no solamente el oficial —en esta ocasión nada frío— de las altas jerarquías, sino el entrañable y completo de todas las clases del país, pues no conviene olvidar que la erección de tan importante recordatorio ha sido posible gracias al concurso de muchos.



En la suscripción popular, utilizada como viático, las aportaciones de cinco, tres y hasta dos pesetas han dejado constancia del carácter democrático del homenaje, y no han sido esas aportaciones minúsculas, repetidas en toda la anchura de nuestra geografía, las menos importantes a la hora de formar balance, como bien expresaba el Conde de Vallellano en el acto de la solemnidad inaugural.

Esta suscripción popular es ya vieja y emotiva historia. Procede nada menos que del Gobierno de Burgos —aquel Gobierno urgente, de olor a pólvora y espuma de epopeya, con sólo media España para administrar y la otra media sumida en hipoteca vergonzante—, en donde ese gran español y amigo del finado, que se llamó don Andrés Amado, movilizó los resortes del Ministerio de Hacienda, que a la sazón regentaba, en beneficio de este noble propósito. Suspendida la suscripción por diversas circunstancias, el Gobierno de Su Excelencia constituyó en 1953 la Junta Nacional del Homenaje a Calvo Sotelo, integrada por amigos del estadista y diversas personalidades vinculadas a cuanto constituyó materia primordial de su actividad. El fin primario de la Junta —entre otras encomiendas de menor cuantía— fué propulsar la suscripción ya iniciada, a fin de levantar en su día el deseado Monumento. Puesta la Junta en marcha —con el inestimable concurso de su Secretario don Jesús Marañón y Ruiz Zorrilla, de celo, voluntad y entrega infatigables—, la suscripción se completó y el Monumento llegó a buen puerto, tomando como base la no desdeñable cifra de diez millones de pesetas, realmente importante si se considera la vida lánguida que, por desgracia, arrastran hoy otras suscripciones de muy noble finalidad. El concurso convocado al efecto se adjudicó al arquitecto señor Manzano, quedando finalista la maqueta presentada por los señores Bertrán de Lis, Corral y Manso, mientras que la escultura lleva la firma del señor Castiñeira.

La ubicación del Monumento dió motivo, como es natural, a múltiples consultas. Primero se pensó erigirlo tras la Ciudad Universitaria, en un rincón lejano y placentero, mas a la postre se escogió la plaza de Castilla, cabecera de la más bella avenida de la capital, abierta a los vientos serranos y portillo por donde el viajero se aproxima a la ciudad. Es indudable que constituye un positivo acierto la elección de este lugar, espacioso y pulquérrimo, cerradura bellísima de la urbe, y con el porvenir enteramente suyo.

También dió lugar a dudas el lema. Prevalció en definitiva la siguiente inscripción, tan expresiva y lacónica como bella: «España a Calvo Sotelo». No se puede decir más en más delgados términos, ni tampoco, a mi juicio, sería justo decir menos. Alguien soñó —al fin, poeta— un lema estrictamente literario, mas demasiado cerebral —«Estela»—, porque, según tuve ocasión de expresar en artículo publicado durante aquellas fechas en *La Vanguardia*, «estela» significa, conforme a



sus antecedentes griegos y latinos, «adornar de estrellas», «surco que abre la nave» y «monumento», y es notorio cómo, por singular coincidencia, las tres acepciones se adaptaban con propiedad a tan alta ocasión, pues el Monumento representa, como es sabido, a una nave —España— surcando serenamente el mar de su destino gracias al sacrificio voluntario de un hombre.

Madrid, que fué testigo de sus luchas y de su inmolación trascendental, ve perpetuada ahora su figura y su mensaje con una obra valiente, acaso discutida en el puro plano de la estética, mas realmente grandiosa, como debe ser, por encima de todo, un monumento. Era justo que éste se asentase en Madrid, no sólo por ser el corazón de España, sino por el amor que el hombre público profesó a la ciudad que tanto le admiró. Una ciudad ahora en plenitud, próspera y alegre, otrora tormentosa y trágica, mas siempre llena de personalidad y encanto. A la vuelta del destierro, en los años negros de la República, el gallego excepcional que jamás desertó de su vinculación entrañable a la patria chica —las cuatro provincias del dulce y verde terruño acaban de nombrarle Hijo Predilecto a título póstumo—, supo expandir el calor de su corazón, hecho para grandes cosas, sin localismos ni limitaciones mezquinas, a la capital de su querida España. Yo recuerdo esta frase suya, de camino entre el París del exilio y España físicamente reencontrada, allá, junto a las primeras casas de la urbe, tan callada en la noche viajera: «Otra vez en casa... ¡Qué gloria estar en Madrid! No hay nada como esto...»

Y Madrid, que lo recibió sin alharacas en 1913 y lo vió irse para siempre, con el mismo silencio que lo recibiera, ¡aunque tan distinto!, en la trágica amanecida de 1936; Madrid, que lo vió luchar y triunfar, alcanzar el Poder, marchar —apretada el alma— en las horas borrascosas de 1931; Madrid, que lo fué todo en su transitar fecundo y magistral, tan breve por desventura, y le dió una Dirección General, y un escaño y un Departamento del Estado, y una esposa y unos hijos, y a la postre, la corona terrible más excelsa de la inmortalidad, ha querido darle ahora a su recuerdo un pedazo apacible y hermoso de sí mismo, que vindique ese otro rincón pavoroso del cementerio del Este, esa parcela sorprendida a la luz lívida de un 13 de julio por el cuerpo roto del hombre que salvaría a España. Castilla se llama la plaza en



donde montará la guardia, de cara a la posteridad, un montón de piedras airoas con la misión de recordar a todos el ejemplo de ese hombre. Es esta plaza frontera natural de la ciudad, es el Madrid que empieza. Por ésta y las anteriores razones, pienso que José Calvo Sotelo no hubiese escogido otro lugar para ver cifrado en piedra que no muere ese mensaje suyo que tampoco debe perecer.

LUIS EMILIO CALVO-SOTELO
(Fotos Leal.)



***E**STA es una historia del corazón. Tal vez por esto ha calado tan hondo en los españoles, pero nosotros, las buenas gentes de las tierras madrileñas, hemos amado además esa hora en que una paisana nuestra alcanza, nada menos, que el rango de Reina. Es cierto que el romance de amor de Balduino y Fabiola viene de lejos —la leyenda lo sitúa en tierras extranjeras—, pero está fraguado entre esencias netamente españolas. Hasta el más lerdo comprende la razón del amor del Rey de los belgas. Balduino ama, sí, la belleza de Fabiola, la gracia reposada y dulce de su rostro joven y el aplomo y señorío de su gentil figura; pero ama, sin duda, de manera especial, esas virtudes hogareñas que las mujeres de nuestra Patria atesoran. Su cristiana educación, donde nada hay misterioso y todo es puro. Su vitalidad infatigable en el bien. Su infinito amor por el humilde. Su acendrado quehacer. Su entrega total. Y todo hecho con levedad, suavemente, a la par que con un hondo sentido de permanencia, de perdurabilidad.*

Naturalmente, nuestro reportaje podría ser más completo y extenso. Pero lo hemos preferido así, porque a través de estas fotografías vemos a Fabiola

UNA MADRILEÑA, REINA DE BELGICA